

IV

Ruta de Italia.

PRIMER REPOSORIO

Basilea, noviembre de 1907.

La crónica de esta semana atribuye á Pío X una frase que sus cortesanos han repetido para loar la agudeza del Pontífice. Debía realizarse en el Vaticano yo no sé qué reunión ó especie de concilio para el cual desde hace más de doscientos años, era menester convocar á los primados con una anticipación de treinta días. Parece que el Papa, al llamarlos esta vez, ha olvidado el último requisito, consagrado por la tradición; y como uno de los cardenales se lo observara, él le ha respondido:—«Es verdad; pero es que hace más de doscientos años se necesitaba un mes para llegar á Roma, en tanto que ahora pueden venir en un día...» El Sumo Pontífice tiene razón; y el tren que nos conduce por el Simpión ó San Gotardo, perfora, en su cimiento, la montaña que las legiones de Aníbal ó los tercios de Francisco I debieron tramontar con arduo esfuerzo, hincando el pie en la nieve y arañando en la roca de las cumbres. Pero aunque voy en ferrocarril, yo no llegaré á Roma sino dentro de un

mes, como hace más de doscientos años; pues la distancia que media entre París y la Ciudad Eterna, entre el centro de la civilización contemporánea y el centro de la civilización antigua, es el camino más glorioso de Europa, y en esa ruta de Italia,—blasonada por la historia, ilustrada por la literatura, embellecida por la Naturaleza y por el arte,—iré paso á paso deteniéndose mi curiosidad, hasta que vuelva á fluir hacia adelante como por las esclusas de sus diques el agua de un río.

Esto de ir á Italia entre las postrimerías del otoño que ha deshojado ya los árboles en la pradera cisalpina, oxidando con su amarillez de cobre y oro los paisajes, y los comienzos del invierno que atempera su rigor bajo la dulzura de los cielos meridionales, es una perspectiva siempre halagüeña para el burgués americano que viene con su lograda fortuna á pasar unos días de reposo, ó para el inglés viajero que llega prófugo de sus nieblas del Norte, buscando la llanura solar de la Lombardía ó las tibias riberas de Nápoles. Fuéralo también para mí, si yo anduviese con toda la libertad de mi albedrío, en ociosos vagares. Empero, no serán sino días de tortura para el corresponsal, obligado por necesidad y por deber, á contar sus impresiones de una ruta en la cual le han precedido los más grandes poetas y los más hábiles narradores durante los últimos cien años. Y está el fecundo campo tan espigado por las cosechas literarias, que ya ni siquiera es fácil encontrar un epígrafe nuevo para el relato, pues fuera de los títulos metafóricos ó de los nombres de obras especiales que consigna la bibliografía inglesa, hay un *Viaje á Italia*, de Castelar; un

Viaje á Italia, de Taine; un *Viaje á Italia*, de Gautier; y hay una *Italia de hoy* por René Bazin, y una *Italia de ayer* por los Goncourt; de tal suerte que el postrero de todos, nuestro querido amigo Ingegnieros, tuvo que optar para su libro por la palabra única, por la palabra primera, el significativo nombre de *Italia*. Y luego las Italías de los amores y las novelas, la de Musset, la de Graciella, la de la Corina, la de Stelio Effrena, tantas, tantas!

Pórtico maravilloso de este país de belleza son los Alpes, y como sería imperdonable pasar esa orografía de ensueño, ciego de sueño ó ciego entre las sombras de la noche, me he detenido en Bâle, que ha de ser en la ruta mi primer reposorio, porque el tren que saliera por la mañana de París llega al anochecer á la frontera. A eso de las cinco de la tarde comienza á obscurecer. El país se accidenta en la dirección de nuestra marcha, y es de ver cómo se recortan colinas que parecen de un azul profundo sobre los cielos anaranjados del poniente, y de qué modo allá en su cumbre, la ramazón sin fronda de algunos árboles se afina hasta volverse capilar como el esqueleto de una hoja disecada, calcándose á contraluz sobre los ocasos otoñales... Media hora más tarde, noto en una estación de ferrocarril algo extraño, que la diferencia de las que acabamos de pasar. El jefe y los empleados llevan gorras coloradas y uniformes casi marciales que sientan bien á sus personas rubias, altas y solemnes. La decoración ha cambiado por completo; y aparecen de pronto en el andén dos soldados de casco y largos

capotes grises. Veo allá en el fondo un cuartel, unas fortificaciones y otros soldados que vienen por el camino, igualmente vestidos á la manera prusiana— ¡Cómo! ¿Estamos en Alemania?— Estamos en Francia y en Alemania á la vez, y esto es Alsacia, la provincia cautiva. La señora que viene con su hija en mi compartimiento, y que baja en el siguiente pueblo donde vive, me dice que no, que no son alemanes, que acaso se han resignado, pero que siguen teniendo el alma francesa bajo la bota de los coraceros del Kaiser. Y de antuvión se me despiertan las reminiscencias de la horrible guerra, y estas se concretan del todo al llegar á Mülhausen, donde fué una batalla... Después entramos en la tierra suiza, y cerrada ya del todo la noche, mi tren se detiene en Bâle.

Bâle es Basilea, como quiere la Academia que se diga para evitar el galicismo, y es también Basle como dicen los ingleses, ó Basel como leo en antiguos pórticos y blasones. En el salón de lectura del hotel donde me alojo, encuentro una pequeña guía de la ciudad, publicada, en inglés naturalmente, y en alemán que es la lengua del país, por una «sociedad para el bienestar de los extranjeros.» El texto alternado de fotografías, comienza con estas palabras: «Todos los caminos llevan á Roma, fué necesario decir en la antigüedad. Cuán diferente es el lenguaje en boga en nuestros días, con los inmensos progresos de la civilización.» (1) El redactor vuelve á traerme á la memoria el párrafo del pontífice que es su paráfrasis. Dice que «para el viajero moderno la vía más corta es la mejor,» y que la ruta de

Basilea es la más conveniente para los viajeros que vienen del centro y Norte de Europa hacia los Alpes,—todo esto, como es lógico, sin excluir la libertad de los ginebrinos para un idéntico reclamo. Entretanto hojeo la guía, viene á conversar conmigo el hotelero, mi primer amigo en Basilea. Me habla entonces de las bellezas de la ciudad, de las verdes colinas que la rodean, del Rhin que la atraviesa. Me enseña que es una ciudad muy antigua, que allí está el centro industrial de la Suiza germana y el centro de un vasto movimiento musical. Me dice que tiene Universidad, viejos monumentos y ricos museos y salones magníficos para sinfonías de Wagner, de Beethoven, de Schumann. Le pregunto si hay algún concierto esa noche ó á la noche siguiente. Lo inquiriere en un periódico local. Desgraciadamente ninguno. Pero me avisa que al día siguiente hay fiestas en la Universidad y que, si me quedo, podré ver un cortejo y un «dies-commers» de estudiantes. Y resuelvo quedarme un día en Basilea, antes de reemprender mi ruta de Italia.

Seguramente ignoráis, como yo lo ignoraba, qué cosa es un «dies-commers». Pues no es sino una fiesta y convite de los estudiantes universitarios, que siguen aquí en Basilea las tradiciones de las viejas universidades alemanas, siendo ellos germanos en realidad, y suizos sólo en virtud de una ficción diplomática. Ellos se han asociado durante el día de hoy, con esas fiestas, á ceremonias más solemnes de la Universidad. Tratábase de distribuir los premios anuales en la casa, y el acto se ha realizado esta mañana. Para que os forméis

una idea, os diré que era una especie de certamen de tesis ó trabajos de investigación entre las diferentes Facultades, y que uno de los temas versaba sobre «la forma del presente de indicativo del verbo «ser» en las lenguas galo-románicas»... Pero tranquilizaos: no voy á hablaros de lingüística, sino de la alegría de los estudiantes que á las cuatro de la tarde debían reunirse en la plaza de la Catedral y á la noche en el gran salón de una cervecería. Y hasta tanto llegaba esa hora, yo he pasado el tiempo en conocer la ciudad, que tiene algunos barrios arcaicos, calles tortuosas y puertas monumentales con blasones góticos esculpidos en los arcos; y en visitar los museos, que conservan moblajes de los siglos XIV y XV; telas murales historiadas de venados y jabalíes de seda entre bosques decorativos; sillerías eclesiásticas, talladas primorosamente de figuras monstruosas y escenas evangélicas; Cristos medioevales de anchas caras tudesacas montados en burritos de madera, para las procesiones pascuales; danzas de la muerte de Holbein, con la figura esquelética que obsesionó las mentes torturadas de la Edad Media; y por fin, en las naves góticas de la catedral, tumbas de príncipes y de obispos cruzados, estatuas yacentes sobre los sarcófagos que esculpieron en piedra ruda, manos devotas y primitivas...

A mediodía entro en un restaurante á restaurarme, y veo en torno de una mesa seis jóvenes vestidos de llamativos uniformes. Gastan pantalones blancos de franela y botas de charol, y guantes de puño acartonado y chaquetillas negras algodónadas hasta el cuello, que es de corte marcial. Llevan terciado el busto por sendas bandas de dis-

tintos colores, y son los talabartes donde van suspendidas las espadas. Almuerzan con fruición, beben con sed, y charlan y gritan. Uno de ellos de rato en rato, pasa fraternalmente el brazo por la cintura de la camarera que los sirve. Como es la misma que atiende mi mesa, le pregunto por ellos, y me dice: «Son los estudiantes.» Y algunos minutos después, debo á su mediación influyente, el haber trabado amistad con tales personajes. Como yo no hablo alemán, llaman del vecino salón á un compañero que ha venido de Lucerna y que habla francés. Y él me explica: los estudiantes forman diversas sociedades independientes de la Universidad, y generalmente constituidas por condiscípulos de las mismas Facultades. Cada asociación tiene un uniforme y una bandera distinta, y hay entre ellas rivalidades, pero todas declinan su orgullo ante la Universidad «alma mater basiliensis», que aman y que respetan. Para asociarse á la ceremonia oficial del día han organizado, como otros años, la fiesta de hoy. El cortejo—cada sociedad con sus estandartes y músicas—recorrerá esta tarde la ciudad, é irán á saludar en sus propias casas al rector y á los profesores que gozan de más ascendiente y simpatía. Pero el coronamiento de la fiesta será el «dies-commers» de la noche. Y como le digo cuán diferentes y anárquicas son nuestras costumbres universitarias, y á qué extremo me sería grato el conocer una fiesta de estudiantes, él me invoca tradiciones y costumbres que son un inconveniente á mi deseo; pero después de hablar con sus camaradas, deciden, gentilmente, concederme, por la excepción de mi caso, una carta de socio que

me dará derecho á un sitio en la mesa; y cuando he agradecido estas atenciones, leo la tarjeta que dice:

Eintritts-karte
fürdem am freitag, abends 8 1/2 Uhr
im grossen saale der Burgvogtei
stattfindenden
Dies-commers
der Basler Studentesschaft.

Cerrada la noche, me encamino hacia la sala del Burgvogtei, que está al otro lado del Rhin. Imagínadle como uno de nuestros salones de actos públicos—el Príncipe Jorge ó el Operai—y localizaréis mejor el cuadro. En los balcones murales rumorea una muchedumbre de bustos femeninos y de cabezas rubias. En medio vense largas mesas, encabezada cada una por el presidente de las respectivas sociedades. En torno penden las banderas y los estandartes, bordado en seda el lirio ó águila del blasón, junto á los lemas generosos: «Patria y arte» ó «Patria y amistad». En el fondo se abre un proscenio donde un estudiante recita versos, otro pronuncia un discurso y varios—algunos disfrazados de mujeres—representan una pantomima sobre la aerostación, que hace reír á la concurrencia. El que menos tiene veinte años, y están entre los muchachos, especialmente invitados, el rector y algunos profesores cuyos brindis son muy aplaudidos. Pero lo curioso es que toda esa gente no se ha reunido allí á comer, sino á beber, á beber enormes y sucesivos vasos de cerveza, de tal modo, que cuando después de media noche la concurrencia se retire, quedarán ebrios la mitad de los estudiantes en la sala. Y lo

que más me impresiona es que cada uno de los presidentes tiene su espada fuera de la vaina y puesta sobre la mesa. Uno de ellos, acaso el decano, los preside á todos y es el maestro de ceremonia, de suerte que cuando alguno quiere hablar, él lo anuncia, ó cuando ha hablado, él pide en su salud la libación propiciatoria, dando la señal con un cintarazo de su espada sobre la tabla, sin mantel, de la mesa, golpe que los otros presidentes contestan al unísono, produciendo un fragor guerrero. Y es singular el contraste que forman con el ruido de los aceros y las risas bárbaras, las Gretchen, en los balcones murales, que arrojan desde lo alto al asiento de los oradores, ó á las manos ansiosas de sus novios, puñados de rosas frescas.

¿Cuál habrá sido el origen de estas costumbres?... Oh, niña joven y rubia que embelleces con tus rosas le vida de ese joven bárbaro, en ti está acaso el numen de Freya y el numen de Thor guerrero está quizás en tu alma, joven bárbaro que blandes tu espada sobre la mesa de encina, donde, sin saberlo, aún bebes á la gloria de Wotan!... Tal pienso mientras pasada la alta noche, al regresar solo á mi casa, me detengo sobre el puente del Rhin, á escuchar lo que me dice el agua que pasa bajo los arcos de piedra, y que hace tres mil años conoce aquella historia. Los bárbaros han cambiado poco después de cristianizarse, como la antigua romanidad ha cambiado poco después de la destrucción del imperio. Cristo y Atila derrumbaron á Roma, pero la magnificencia de los emperadores y el genio de los dioses paganos re-

toñeció en cada una de las ciudades itálicas, en las fecundas postrimerías de la Edad Media y en los esplendores del Renacimiento. Los testimonios de la imperecedera latinidad, es lo que me gustaría ir á ver en Italia, pero la marcha ha de ser demasiado rápida para ello. John Ruskin fuése á vivir cinco años en la ciudad de los Dux, para describir «las piedras de Venecia», *The Stones of Venice*. Y si es cierto que un viaje tan rápido como el mío no impidió á Taine escribir sus dos tomos robustos, que son un admirable tratado de arte, en cambio esa premura hizo caer á los Goncourt en una superficialidad indecorosa que yo, por respeto á mí mismo, desearía evitar. Y se me ocurre esta noche que la mejor manera de conciliar la sinceridad del testimonio con la novedad del asunto, en esta ruta tan traqueada de Italia, será el buscar los temas, al azar del camino en los rincones del arte, de la Naturaleza ó de la historia que no hubieran sido ya descubiertos por vuestros libros habituales. Me placirá recoger alguna espiga que hubiera quedado en pie tras el paso de tantos segadores. Y estaré muy contento si esto sucede en los campos de la belleza, de la que aún necesitamos una larga enseñanza pública en América, y de la que ningún país ofrece como Italia, un florecimiento más original y más variado desde los confines de la Sicilia, hasta ese inmenso pórtico de los Alpes, donde en columnas de montaña, parece que tuviera el vasto cielo su capitel de nieves y de nubes.

UN REY EN EL DESTIERRO

Venecia, diciembre de 1907.

Aquel día al entrar en Venecia por el Canal Grande, sobre el agua tranquila, bajo el cielo celeste y entre los mármoles labrados de los palacios, vi flamear, en la popa de una lancha, la bandera española...

—Es el Rey don Carlos que viene—díjome el gondolero... Su lancha á gasolina caminaba más rápida que el andar perezoso de mi góndola; pero al deslizarse á la vera, leí en el flanco de su proa, este nombre: «Ondarroa», y por la ventanilla de la felza, pude ver al Monarca proscrito, en quien el cuerpo enorme, y la cabeza majestuosa, y el agua donde iba, y el grueso bastón que empuñaba como un símbolo tridente, y la gran barba larga fluyendo sobre el pecho, trajéronme el recuerdo de las antiguas divinidades fluviales. Mas, á pesar de la hipérbole imaginativa y de la evocación mitológica, cuando se hubo alejado, tan sólo me dejó la sensación de un Rey sin oropeles, llevando las soledades del destino en su automóvil marino, por este mismo Canal Grande, y entre los

mármoles labrados de estos mismos palacios, donde pasearon en su Bucentauro los Dux, aquella pompa véneta que unía, á la íntima grandeza de su abolengo romano, los brillos exteriores de un esplendor bizantino.

Este Rey de quien hablo, es el propio don Carlos de Borbón, que renovó las guerras de su abuelo por conquistar el trono de las Españas, y que después de malogradas las aventuras heroicas de su juventud, pasa hoy en el palacio Loredán, de Venecia, y en compañía de su segunda esposa, los días apacibles del exilio y de la vejez que ha comenzado. La abdicación del padre en su favor, puso en sus manos esa herencia épica y regia; y joven de veinticinco años, fué con todo su brío juvenil y el hábito de la esperanza, á ponerse él mismo á la cabeza de una lucha sangrienta que ha dado á la novela española tantos episodios como, á la novela francesa, la guerra con los prusianos. El recuerdo de aquel pasado y de su magna aventura, me despertó de súbito la curiosidad por ese Rey proscrito que acababa de pasar junto á mí, y hasta esa misma idea de «un rey en el destierro,» interesó, naturalmente, mis flaquezas sentimentales. Hallárale á la frase un vago aroma de reminiscencia infantil, el aroma de las leyendas oídas en la niñez, de reyes malos castigados por las venganzas divinas, ó de reyes buenos hostigados por las ingratitudes humanas—errantes y mendigos en una tierra extranjera. En este Rey Borbón que venía de su palacio de mármol é iba en su barca para un paseo matinal, nada había, por cierto, del pobre Rey Lear vagando por un bosque bajo el azote de la tormenta; pero en cambio encontra-

ra yo de una suprema distinción estética, el haber elegido como refugio de su exilio, esta ciudad de luz y de silencio donde todos los esplendores tienen una fecha demasiado pretérita, donde el prodigioso arabesco de sus piedras se esfuma bajo una pátina de siglos, y donde ha cuatrocientos años, Catalina Cornaro, la última Reina de Chipre, ofreció igualmente el conmovedor espectáculo de otra cabeza regia que había perdido su corona.

Sin otra deliberación que mi repentino deseo, al llegar al hotel, escribí á don Carlos una carta solicitándole una entrevista en nombre de LA NACIÓN. Yo tenía motivos para sospechar que, á pesar del prestigio de ese nombre, el Rey eludiría, en lo delicado de su situación, conversaciones con periodistas, personas no siempre discretas. Por eso, y también para que no se me sospechase uno de tantos ingenuos que llegan de nuestras Repúblicas á embobarse en la vanagloria de estas aristocracias, tuve que intercalar una alusión á mí mismo, y sin reflexionar si esto podría conquistarme ó enajenarme su simpatía, escribí con una magnífica libertad americana: «Cuando se es joven y poeta, hay el derecho hasta de mirar con desdén á los actuales reyes, que ocupan los tronos burgueses de Europa; pero siendo joven y poeta no se puede mirar sino con un alto respeto y con una profunda simpatía romántica á los reyes á quienes el destierro dió un prestigio más alto que su corona...» La frase no me enajenó su simpatía, acaso porque debió sonarle á idioma extraño en un tiempo en que sólo se rinde culto á

las exterioridades, á la fuerza y al éxito; y esa misma tarde su secretario, el Conde de Olazábal, me avisó, en lenguaje de corte, que «su augusto príncipe» me esperaba al siguiente día. Y al día siguiente, ya en el palacio Loredán, como no sabía el tratamiento que debía darse á un monarca sin imperio, y acaso para subrayar otra vez mi condición americana, le dije:—Señor: yo vengo de un continente de Repúblicas, donde no hemos tenido, en los países que hoy son de habla española, más reyes que los Incas; pero hace de ello cuatrocientos años, de modo que hemos olvidado ya cómo se habla á los Reyes...

Pero don Carlos os desembaraza pronto de la etiqueta. Os encontráis con que este descendiente de Enrique IV tiene el gesto sencillo y el ademán ingenuo, y el trato democrático, como todo verdadero aristócrata, séalo éste de pergaminos ó de alma. Viene hacia vosotros con la mano tendida y os la estrecha con familiaridad, y os habla de las cosas que pueden interesar, más que á él, á vosotros mismos. Le descubro además una óptima condición: ama el alma del pueblo—noble condición de artista y de caudillo, digna de quien ha guerreado de boina por su corona, que así debieron tenerla los fundadores de dinastías, los verdaderos Reyes, pues no lo son los que heredan los cetros, sino aquéllos que los conquistan. Tiene otra cualidad digna de elogio: el afecto por sus amigos políticos, la gratitud á los que lo han servido en su causa, hasta el extremo de que lo conmueve de emoción el recuerdo de los que murieron en sus batallas. Hasta me inquirió noticias por amigos suyos que viven en la República Argenti-

na y por un periódico carlista que se publica en Buenos Aires. Si tuviera que definirle con una sola palabra, diría que es un hombre «bueno», pues no le falta ni la extrema bondad, que como la extrema crueldad, es condición de leyenda, en un rey que tiene todas las otras: el destierro y una estatura prócer, una barba pluvial y encanecida, una vida con episodios de sangre, y una amada de juventud como esa Reina doña Margarita, walkyria y amazona que lo acompañó, recién casada, en las peripecias de la guerra.

Desde el primer momento, don Carlos me habló con gran afecto de la República Argentina. Díjome que en 1887 había visitado varias Repúblicas sudamericanas y que entonces conoció Buenos Aires, Córdoba y La Plata. Recordó del general Mitre, de Bartolito, que dirigía LA NACIÓN, y elogió el desarrollo de nuestro periodismo; y yo dije que en moralidad y esfuerzos intelectuales ésta era una de las pocas instituciones que podíamos parangonar ventajosamente con las similares de Europa. Luego afirmó que Buenos Aires era «una bella ciudad,» y entonces ya no estuvimos de acuerdo; le hice ver que la llanura, la pérdida del panorama del río y la uniformidad de nuestra edificación burguesa nos condenaban á parecernos, por ahora, más á Londres que á París, arquetipo del arte edilicio; pero que había en la ciudad nuestra un patente anhelo de embellecimiento; y cuando su amabilidad de antiguo huésped vió que no hallaba un aliado en mi vanidad cívica porque era más fuerte mi ideal estético, me dijo que teníamos una nación poderosa y llena de porvenir; y

sobre eso, naturalmente, estuvimos en absoluto de acuerdo. Un joven ingeniero español, que admira nuestro país, ilustró el tema con cifras estadísticas que acababa de leer en *Le Figaro*, acerca de nuestras próximas cosechas y de nuestro actual encaje metálico, como prueba de nuestra prosperidad. En seguida don Carlos abundó en anécdotas de sus viajes por América y recordó con emoción á un guaso que en la campaña de Chile detuvo su carroza para invitarlo á beber un vaso de chicha—libación que aceptó; y á un payador de la Argentina que había improvisado cierta vez un romance en donde rememorara episodios de la reciente guerra carlista, cuando alguien le hizo saber que él era el Rey vencido. Y me declaró su simpatía por los gauchos y por la pampa.

Yo estaba maravillado al ver gentes de Europa que así conocían las formas y el espíritu de nuestra América. Hecho ya el oído á las herejías de la ignorancia francesa, para la cual la topografía de la tierra es aún tan imprecisa como la de la luna, el hecho debía sorprenderme, bien que estos otros fuesen hombres de nuestra lengua y de nuestra raza, y uno de ellos el príncipe que hubiera ocupado, á no ser los azares de la adversidad, el trono de la nación que llevó al Nuevo Mundo el germen de la civilización europea. Y como le manifestase mi regocijo y mi gratitud por el conocimiento y el respeto con que hablaba de la República Argentina, el tema se inclinó hacia el lado lírico de la solidaridad hispanoamericana, de la comunidad civil que engendraba la unidad del idioma. Al azar de la conversación, don Carlos aludió á los antiguos virreinos y á la organización

interna de las capitanías, bosquejándome, al paso, reminiscencias históricas, y pronto volvió á hablar de los gauchos, y preguntóme la etimología de esta palabra y de las palabras «guaso» y «payador». Parecióme muy lógico y muy hermoso que se interesara por esos tipos de las campañas argentinas, el Rey-caudillo que hizo durante cinco años una lucha de montoneras y guerrillas con campesinos de las montañas españolas, pues el gaucho no fué sino la metamorfosis del conquistador bajo la influencia libre de las pampas, que siguen hoy transformando, aunque de otra manera, al inmigrante de nuestros fundos agrícolas; y esa poesía popular, por ellos creada para cantar las guerras contra los indios, es hermana gemela del romance-ro donde la musa anónima de España cantó la guerra contra los moros. Y como yo dijese en voz alta mi parecer, el Rey desterrado agregó con un acento de amor y de melancolía:—¡Oh, sí! ustedes son de nuestro pueblo... ¡Cuánto desearía volver á Buenos Aires, mas es tan largo el viaje... Pensábamos con la señora ir este verano al Cairo. Pero ¡cuánto preferiría tierra argentina... ¡ya que no puedo volver á España!...

De pronto, fué como si esta frase final, ante el inflexible destino, hubiérale evocado los tiempos heroicos de su juventud y entonces, poniéndose de pie, me invitó á que visitáramos su museo particular, donde conservaba todas las reliquias de la guerra. El museo se halla establecido en un vasto salón inmediato, que tiene una ventana abierta sobre el Canal. La luz azul del cielo de Venecia, penetrando por ella, no bastaba á disipar del todo la sombra, y en la penumbra un tanto ló-

brega del lugar, destacábanse trofeos tomados al enemigo, banderas acribilladas por las balas; sables ahora enmohecidos, pero que antaño lucieron como relámpagos de la muerte en el brazo de los soldados que los esgrimieron; grímpolas recamadas de plata y oro por las manos de las madres y de las novias; retratos de los jefes muertos que nos miraban desde los muros con sus ojos hieráticos; nombres de batallas que alternaban con las enseñas de combate; cureñas, alabardas, fusiles; y en medio de aquella decoración homérica, yacente en una inmovilidad arqueológica, sobreviviendo como en un sueño, la figura misma del Rey, en quien el vestido negro, la talla de gigante y la barba de semidiós parecían acentuar la sugestión fantástica, pues este Príncipe guerrero, que en el exilio comentaba para mí, con una voz ya bronca, la historia de sus reliquias, era el mismo que hace cuarenta años, lleno de brío en la juventud y del hálito de la esperanza, había conducido por el flanco de los Pirineos, sobre las propias huellas de Rolando, toda esa máquina de guerra.

Está de más decir que don Carlos no entra sino por excepción en este museo, que encierra, según su propio sentir, sus más patrióticas ilusiones y sus más tristes recuerdos. Le noté impresionado, é íbamos á retirarnos, cuando señalando en el muro lateral un cuadro extraño, me dijo:—«Esto es el árbol de Guernica.» Era, en efecto, un gajo del árbol de las libertades vascas, encerrado como en una urna de cristal. Y como le preguntase lo que eso significaba, me contestó:—«Es un recuerdo... Yo juré bajo ese árbol, y juré según la fórmula antigua, al entrar en el territo-

rio, prometiendo ante las Diputaciones de los burgos libres, respetar sus derechos forales.»—«Refiérale usted el juramento, señor»—dijo el Conde de Olazábal, que estaba con nosotros.—«¡Ah, es un juramento terrible! Yo no juré ante los Santos Evangelios: yo puse esta mano sobre una hostia consagrada, y ofrecí mi alma al demonio y á las hogueras del infierno si faltaba á mis promesas... Es la fórmula antigua... Es un juramento terrible!»—Y sin decir más, el Rey comenzó á andar, en dirección al salón inmediato, como embargado por un pensativo silencio; y yo le seguí, sintiendo que se me agolpaban á la mente, en confuso tropel, sucesiones de Recaredos y Fernandos, cortes donde el Rey era más que cada uno y todos juntos más que el Rey, fierezas visigóticas, y fanatismos medioevales, todo fluyendo al mismo cauce de la tradición monárquica española.

Al despedirme, su secretario me acompañó hasta la puerta, donde un puentecillo de mármol sobre el canaleto lateral, une el umbral de la casa con el campillo de San Vío, pues tiene el palacio, como los otros de Venecia, una entrada para peatones, y otra por agua, donde hay arrimo para las góndolas. Pasamos un largo salón, llenos los muros, con los grandes retratos de los antepasados, desde Enrique IV con su boca irónica y su peinada barba de dandy, hasta el Rey don Juan, que abdicó sus derechos á la corona en favor de su hijo don Carlos. Pasamos luego una galería, donde había dos ó tres chambelanes de vistosas casacas. Y salí después por el vestíbulo al puente, contento de que todo hubiera marchado tan bien en mi en-

trevista, que no habíamos hablado ni una palabra de política. Eran las tres de la tarde, y en el canal esperaba la «Ondarroa» que todos los días, después del almuerzo, lleva á don Carlos y su señora hasta el Lido. Allí he tenido de ellos una impresión que completa esta entrevista literaria. El Lido es, como sabéis, una pequeña isla que, con la de Nuranó y la Giudecca, contribuye á embellecer la salida de las lagunas venecianas hacia el lado del mar. Venecia tiene allí uno de sus paseos pintorescos, y á la hora vespertina el pueblo viene en góndolas y vapores á diseminarse por los jardines. Entre esa muchedumbre democrática, viene el Príncipe proscrito, vestido como siempre de saco y gran chambergo. Trae su enorme perro, que la fotografía ha divulgado, y un negrito de Africa, á quien quiere con un afecto paternal. Entre estos dos simbólicos amores de su vejez, lo ve el pueblo paseándose en el Lido, no sé si por higiénico ejercicio ó por delectación sentimental. Una avenida recta y bordeada de álamos une la costa del arribo, que mira hacia el panorama feérico de Venecia, con la opuesta costa, de arena lisa y agua mansa, ante la cual se extiende la superficie glauca del Adriático, que avanza con dulzura sobre la arena de la playa como una seda verdeazul que se desenvuelve. A esta sazón, los árboles, ya sin hojas, no tienen otro encanto que la vaga melancolía del otoño; pero en cambio el Adriático—que ha sido en mi sentir la verdadera escuela del Tintoretto, ofrece al solitario Rey en el destierro, la más hermosa fiesta de formas fugitivas y de extraños colores que haya animado, ante los ojos del hombre, el fecundo milagro de las luces y de las aguas.

LA DECADENCIA DEL PONTIFICADO

Roma, diciembre de 1907.

Toda la cristiandad se halla, á esta sazón, conmovida por la violenta encíclica «Pascendi dominici gregis», en la que Pío X ha fulminado el modernismo religioso, llamándolo «la síntesis de todas las herejías.» Posiblemente mis lectores, si bien muy enterados sobre la que se distingue por «modernismo» en la literatura, no lo estarán igualmente acerca del movimiento homónimo que venía realizándose en el seno del catolicismo. Su nombre ha recibido consagración oficial en el propio documento pontificio, que ha debido exponer la nueva doctrina á fin de condenarla como funesta para la integridad del dogma y la unidad de su Iglesia. Haber puesto en peligro la unidad de la Iglesia y la integridad del dogma, tal fué la obra de los cismas y las herejías, que accidentan con episodios dramáticos la historia secular del catolicismo. Pero hoy ya no se trata de un reino de la tierra que rompa la sumisión de las jerarquías, declarándose fuera de la autoridad romana, como la Inglaterra de la Reforma; ni de un pensador